

SAN JUAN Y SAN PEDRO EN TRINIDAD.—CABALLOS DE 15 y 20 ONZAS A 3 y 4 DESPUES DE ESTAS FIESTAS. LLEGADA DEL GENERAL CONCHA A LA HABANA.—GRAN RECIBIMIENTO.—LA OPERA Y LA ZARZUELA.—“IL PURITANI” Y LA REVOLUCION.—EL AZUCAR A 16 REALES ARROBA EN 1857.—EL MUELLE DE CABALLERIA CONVERTIDO EN CENTRO DE TRANSACCIONES.—QUIEBRAS.—BAJA EL AZUCAR A 5 REALES.—EN GARDENAS.—A BASTONAZOS.—PALABRAS DE LA AVELLANEDA.

Como es natural, seguimos escandalizando en coro en las cuatro esquinas con las canciones de moda.

La principal decía
 Soy un serenito
 pobre enamorado
 que en un tiempo amado
 por un ángel fui.

Pero el violento general Vargas tomó posesión del generalato de las cuatro villas y como la casa de gobierno estaba cerca de las cuatro esquinas nos oyó y nos mandó á callar por medio del comisario Fragañals. Nos pareció aquella orden un desacato y fuimos en masa á ver al general Vargas y á demostrarle que éramos mas gobernadores que él. “Si usted se propone dar un baile aquí mismo no lo consigue y nosotros sí” “Quiero verlo, nos dijo” y en efecto, á las 10 y media de la noche ya habían llegado 40 parejas, que seguían reforzándose, la música, los dulces y las bebidas.

El general estaba encantada. En justa correspondencia nos dió él otro baile en el cual hacían los honores, su esposa doña Enriqueta Van Allen y la señora de O'Reilly que hizo ir de la Habana á Trinidad con tal objeto.

Siguieronse á esta otras fiestas campestres los domingos, que fueron de gran resonancia.

Pero donde se echaba el resto hasta el delirio era desde San Juan á San Pedro. Como una prueba de la impetuosidad de aquellas fiestas basta citar el ca-

so de que los caballos que estaban 15 y 20 onzas antes de San Juan se vendían á 3 y 4 después de San Pedro. En esos días, desde por la tarde, todas las familias, cuyas casas estaban en la carretera que cogía 4 calles, las dejaban abiertas y no había necesidad de presentaciones para entrar en ellas y tomar una copa de cerveza.

La sublevación que terminó en la Sigüanea y el fusilamiento de Armenteros, las ejecuciones en Puerto Príncipe y el desembarco de Narciso López en las Pozas, fueron entibiando las relaciones, hasta entonces cordiales, entre peninsulares y cubanos. Esta circunstancia y el fallecimiento de dos amigos míos, me hicieron ver á Trinidad como una losa de plomo.

Busqué un pretexto para salir de la casa, á pesar de los empeños del doctor don Ramón Torrado para disuadirme y me despedí de mi principal que me abrazó con los ojos llenos de lágrimas y dió orden á su correspondiente en la Habana San Pelayo, Prado y Ca., para que me facilitase el dinero que pudiera necesitar. Yo traía otras cartas de crédito de don Pedro Choparena, para don Juan de la Cámara. Choparena correspondía á las atenciones que mi padre tuvo con su hijo en España.

Con estos hechos queda justificado mi buen comportamiento como hombre de trabajo, y joven...

Entré en la Habana el 21 de Septiembre de 1854, al mismo tiempo que el general don José de la Concha, á quien la Habana y particularmente la calle de la Muralla, hacía un gran recibimiento.

En aquella temporada, precedida de la presencia de Adelina Patti y su hermana con la orquesta de Pañu Julián, gocé asis-

Armenteros

Llegada a La Habana

X

PATRIMONIO DOCUMENTAL
 OFICINA DE HISTORIADOR DE LA HABANA

tiendo á la representación de bonitas zarzuelas, donde descollaba la Mur, tiple asturiana y después la temporada de ópera, con la Stephamone, bellísima tiple, Salvi, tenor, Beneventano, barítono, y Marini, bajo, todos con hermosas figuras y excelente voz; la Vietti, contralto, la Bossis, tiple y otros varios.

La ópera "Atila" que entonces se puso en escena, "Lucenecia", "María de Roham", "Favorita", "Macbeth", "Lucía" y "Barbero de Sevilla", que costaban 60, 70, y hasta 80,000 pesos el montarlas, al empresario don Francisco Mastó y Torrens y que yo ví; estoy seguro, segurísimo sin exageración de ninguna clase que en el Metropolitan, donde está Caruso no se pondrán las óperas con tanta perfección en conjunto, pero no mejor. Aquello, verdaderamente, era oír una ópera.

Se preparaba "El Puritani", pero se averiguó que al cantar el dúo de la libertad, iba á estallar la revolución y enseguida se tomaron precauciones, se puso la plaza en estado de sitio y se reforzaron las filas de los cuatro batallones de voluntarios. Yo ingresé en la compañía de granaderos del segundo que mandaba don Salvador Samá, Marqués de Marianao.

El año 1855 me coloqué en la casa de banca de Alzugaray y Co. que después fué de Uragón, hermano y Co.

Excusado es decir que no había compañía de ópera ó zarzuela española, francesa ó italiana, que no me tuviera por un asiduo concurrente.

Llegó el año de 1857.

Aquel fué un año de delirio, de borrachera. La gritería en el muelle de Caballería era tremenda anunciando la venta de acciones de las empresas más descabelladas "La huevera", "La pescadora de cetáceos", "La Panadera", "La Lechera", etc., etc. El azúcar subió hasta 16 reales arroba y un decreto del general Concha,

echó abajo todo aquel aparato escénico y hubo ruinas y hubo quiebras, porque el Banco Español que estaba con el biberón no quiso prorrogar el azúcar y descendió á 5 reales. ¡¡La debacle!!.

El año 1860 se repitió la crisis con menos siniestras y después de ese año tuve el compromiso personal que no pude eludir de ir á Cárdenas á estudiar el estado de una casa mielera, tan malo, que fué necesario presentarla en quiebra.

Hubo una escena que debo describirla. Yo toda mi vida he sido antiesclavista. Calcúlese el efecto que me haría cuando bajaba del escritorio, ver desde la escalera, á un operario blanco de muelle dándole un boca-abajo á un negro, teniendo á su lado á otro blanco, con un plato, que luego supe contenía aguardiente y sal. Perdí la cabeza, cogí un bastón y la emprendí con el de fuate, echando antes á volcar el plato. Huyeron ambos; pero, uno de ellos presentó queja contra mí ante el coronel Verdugo. Este oyó la acusación y mi defensa y nos dijo que resolvería; pero no resolvió nada. Hablando de este incidente con doña Gertrudis G. de Avellaneda, esposa de Verdugo, me decía: "amigo mío aunque los hombres le castigaran á usted, tenía el agradecimiento de Dios, por la defensa que hizo del infeliz negro".

José M. de Arriarte.

esclavitud